

Mesa: 24

Título de la mesa: Hacer política: formas de acción colectiva y movilización popular en Latinoamérica, siglos XVIII y XIX.

Apellido y nombre de las/os coordinadores/as: Gabriel Di Meglio, Gustavo Paz, Sergio Serulnikov

Título de la ponencia: De la batalla de Pavón al fin de la Guerra de la Triple Alianza: problemas, interrogantes y límites de la historiografía argentina reciente para analizar a los sectores populares.

Apellido y nombre del autor: Rosemberg, Julia

Pertenencia institucional: UBA

Documento de identidad: DNI 31.208.761

Correo electrónico: julros@gmail.com

Autorización para publicar: Se autoriza la publicación del presente texto.

De la batalla de Pavón al fin de la Guerra de la Triple Alianza: problemas, interrogantes y límites de la historiografía argentina reciente para analizar a los sectores populares

Pocos han sido los trabajos historiográficos que han tomado como objeto de estudio el período que abarca desde la batalla de Pavón de 1861, al final de la guerra de la Triple Alianza en 1870. Más bien han predominado los textos que lo analizan como parte de un proceso más amplio y que por lo tanto no tendría especificidad alguna, sino que sería un período más dentro de los “treinta años de discordia” que fueron desde la batalla de Caseros de 1852 a la consolidación del Estado argentino en 1880. Esta falta se hace aún más notoria cuando se observa que dicha década estuvo atravesada por dos acontecimientos sumamente importantes: en primer lugar, la represión por parte de los gobiernos nacionales y provinciales contra las montoneras durante la primera mitad de la década del 60, cuyo caso más conocido fue el que tuvo lugar sobre el movimiento liderado por Chacho Peñaloza. En segundo lugar, la guerra internacional más importante del siglo XIX para Latinoamérica, la guerra de la Triple Alianza de 1865. ¿Qué relación existió entre estos dos acontecimientos? Llegar a una única respuesta es complejo, lo que sin ninguna duda puede afirmarse es que ambos compartieron haber tenido en los sectores populares una de sus claves centrales.

En este texto nos proponemos analizar tres trabajos de los últimos 30 años de historiografía argentina que de diversas maneras propusieron sus hipótesis acerca del papel que tuvo el accionar de los sectores populares en el período que va de Pavón al final de la Guerra de la Triple Alianza: *Una nación para el desierto argentino* de Tulio Halperin Donghi del año 1980, *Cinco años de guerra civil* de León Pomer del año 1985, y por último *Los hijos de Facundo* de Ariel De La Fuente del 2007.

I- Los textos

Una nación para el desierto Argentino puede ser considerado como el libro que inaugura el campo historiográfico de la posdictadura. Escrito en el año 1980 fue el referente a partir del cual se pensó el siglo XIX rioplatense, planteó las preguntas y las claves para analizarlo. Más específicamente fue el texto guía para pensar los años que van desde la batalla de Caseros de 1852 a la conformación del Estado Argentino en 1880. Al punto tal que en la actualidad es considerado como un clásico. En la última reedición, llevada a cabo por Prometeo en el 2005, se nos dice que “a un cuarto de siglo de su publicación original, conserva intacto el poder persuasivo que es propio de los textos clásicos”¹.

Este libro narra, extrañamente si se lo compara con los otros trabajos del autor, la creación del Estado central. Ese es el sujeto protagonista de los treinta años que van desde Caseros hasta 1880. Protagonista que para los que asumieron el gobierno después de Caseros parecía consolidado. Sin embargo, dice Halperin, “quienes creían poder recibir en herencia un Estado central al que era preciso dotar de una definición institucional precisa, pero que, aun antes de recibirlo, podía ya ser utilizado para construir una nueva nación, van a tener que aprender que antes que ésta, o junto con ella, es preciso construir el Estado”². Por ende, su configuración no estuvo decidida de antemano, sino que fue el producto de diversos conflictos.

¿Quiénes combatieron en esa lucha que dio como resultado la conformación del Estado central? En este texto se intentará avanzar sobre esta pregunta. Por lo pronto, podemos trazar la línea que atraviesa este texto, que tiene su comienzo en las primeras páginas, con la imagen de que la Argentina tendría una excepcionalidad dada porque una elite ilustrada pensó su destino e ideó el proyecto nacional. Esa línea se cierra en el último capítulo, con la imagen decepcionada de un Sarmiento ya cercano a su muerte, en la que nos dice que finalmente el ferrocarril estaba también llegando al África. Esta imagen le permite inferir a Halperin que “los cambios vividos en la Argentina son, más que el resultado de las sabias decisiones de sus gobernantes posrosistas, el del avance ciego y avasallador de un orden capitalista que se apresta a dominar todo el planeta”³. Éste es el recorrido que traza *Una nación...* Ante lo cual podemos esbozar la siguiente

¹ Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

² Idem

³ Idem

pregunta: entre el predominio y la impronta del imaginario de las elites en el destino nacional y el estructuralismo capitalista, ¿qué lugar le correspondió en todo este proceso, según Halperin, a las clases populares? ¿Quiénes son los que protagonizaron el conflicto social que para Halperin es constante en este período?

León Pomer escribió sólo un tiempo después, en 1985, *Cinco años de guerra civil*. A diferencia de lo que sucedió con *Una nación...* este libro no ha tenido una gran circulación, ha sido muy poco citado, y menos discutido. Este historiador ha trabajado siempre por fuera del ámbito académico, y ha sido catalogado desde allí como revisionista. Sin embargo sostenemos que este trabajo, aún manteniendo elementos ligados al revisionismo, es más difícil de encajarlo dentro de alguna línea historiográfica.

Al igual que en el texto de Halperin, aquí la pregunta por el Estado es fundamental. Es interesante marcar, como propone Roy Hora, que hacia fines de 1970 y comienzos de 1980 cobra centralidad en América Latina la reflexión acerca del Estado, a propósito de experiencias políticas autoritarias recientes: “esta nueva y brutal forma de dominación, obligó a repensar los modos tradicionales de concebir la autoridad política y por primera vez colocó ya no a la sociedad sino al Estado mismo en el centro del análisis social latinoamericano”⁴. Sólo que, a diferencia de Halperin, en Pomer la pregunta por la formación del Estado argentino necesariamente remite a la idea de guerra, y a la pregunta por quiénes la protagonizaron que, como veremos, no son exactamente los mismos sujetos de *Una nación*.

Años más tarde, pasadas ya las urgencias de los años 80 y la de los 90, luego de 20 años del armado de un campo académico, comienzan a surgir estudios que proponen preguntas distintas, y con cierta mirada crítica, o que pone el acento en los huecos de la historiografía constituida en aquellos años. Creemos que el renaciente interés de diversos estudios por los sectores populares puede ubicarse en sintonía con esto⁵. Hay una pregunta que recobra fuerza, pero creemos que de un modo distinto al que lo hacían

⁴Hora, Roy, “*Una nación para el desierto argentino: algunas claves para su lectura*”, en Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

⁵ A pesar de haber habido algunos autores que sí se han preguntado durante esos 20 años por los sectores populares, creemos que no lograron hacer de este tema un núcleo de investigaciones que renovara la visión que había sobre ellos.

los revisionistas, pero también a los casos que hubo en los 80. Diferente a la pregunta y a la respuesta que se daba José María Rosa y sus montoneras siempre sublevadas, pero también diferente a la de Luis Alberto Romero y sus “sectores populares”, nunca clasistas. Tomando distancia, pero a la vez, en muchos casos retomando algunos elementos, la pregunta por las clases populares hace ahora que muchos historiadores vuelvan sus ojos sobre períodos ya estudiados, pero bajo una nueva lupa. En teoría, no se trata de retomar las visiones ya consolidadas sobre dichos períodos y simplemente agregarle el papel que habrían cumplido allí estas clases, sino que se trata de cambiar la mirada, de hacer decir otras cosas a las mismas fuentes, cambiar la óptica de la narración.

Entre estas nuevas investigaciones podemos ubicar al trabajo de Ariel De La Fuente, *Los hijos de Facundo*, en el que se investiga a los sectores populares de las provincias de La Rioja y Catamarca.

II- Los proyectos

Roy Hora, quien está a cargo del prólogo de la última edición de Prometeo de *Una nación para el desierto argentino*, no duda en señalar que Halperin Donghi “renovó profundamente la interpretación del siglo XIX argentino, y tornó anacrónicas las visiones que hasta entonces dominaban el estudio del pasado nacional”⁶. Y marca su especial distancia con la producción historiográfica que lo precedió: la Nueva Escuela y el Revisionismo Histórico. Nos interesa sobre todo la distancia tomada con este último, ya que es el propio Halperin el que se preocupa por explicitarlo.

En las primeras páginas de *Una nación*, el autor pone de manifiesto que los años que va a analizar nada tuvieron de la concordia esperada por los antirrosistas, sino que estuvieron atravesados por el conflicto. Una vez dicho esto, rápidamente el autor marca que mientras para los revisionistas este conflicto era síntoma de “la existencia de una alternativa puntual a ese proyecto nacional”, para él dicho proyecto nunca existió. Pero más grave aún que esta creencia en un proyecto alternativo, sigue Halperin, es el exceso de conspiraciones y paranoias que guiaban las interpretaciones de los revisionistas. Así, para ellos, la alternativa al proyecto esgrimido por la elite, fue “derrotada por una

⁶ Hora, Roy, “*Una nación para el desierto argentino: algunas claves para su lectura*”, en Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

sórdida conspiración de intereses, continuada por una igualmente sórdida conspiración de silencio que ha logrado ocultar a los argentinos lo más valioso de su pasado”⁷. De este modo, algo irónico, Halperin se deshace, sin discutirla, de la idea de un proyecto alternativo al que terminó consolidándose y de todas las interpretaciones revisionistas. De los sectores populares en estas primeras páginas no hay una sola mención. Y eso que los proyectos alternativos propuestos por los revisionistas estuvieron, casi siempre, protagonizados por estos sectores.

Sin embargo, y a pesar de la distancia marcada, el autor puede reconocer un elemento valioso aportado por el revisionismo: la presencia determinante del marco internacional. Así, la definición de un proyecto para Argentina se dio en el contexto de la crisis del liberalismo europeo de 1848, y la expansión del capitalismo hacia las periferias; núcleo duro este, de muchos revisionistas.

Si nos detuvimos en lo dicho por Halperin acerca del revisionismo es porque creemos que al tomar distancia de aquellos autores se está tomando distancia de un modo de hacer historia, pero también de las preguntas que se formulaban, y de las claves a través de las cuales se interpreta el período. Así, adelantamos, en *Una nación*, la pregunta por los sectores populares está ausente, no hay menciones a ellos, ni indagaciones acerca de su rol histórico en este proceso. ¿Se podría pensar que es la capacidad de constituir un proyecto de nación lo que hace a los sujetos merecedores de ser narrados? ¿Se puede pensar que la ausencia de los sectores populares en *Una nación*, tiene relación alguna con no haber constituido un proyecto?⁸.

Pero si por un lado Halperin recusa la idea proyecto alternativo, se puede pensar que también la idea misma de proyecto queda cuestionada para las elites. Precisamente, el final pesimista de Sarmiento lo que hace es poner en crisis las certidumbres iniciales de esta elite no sólo en torno al carácter excepcional de nuestro país sino también respecto a la idea de que eran ellas las destinadas a gobernarlo en virtud de su superior clarividencia. Así, la idea misma de proyecto es problemática, porque si por un lado la utiliza para criticar al revisionismo, por otro, al mismo tiempo, la pone en cuestión para las elites. Pero de todos modos, Halperin la utiliza para narrar la historia de este período.

⁷Idem

⁸ En una conferencia dictada por Ticio Escobar en la reciente Feria del Libro, el crítico paraguayo propuso que los indígenas y las masas gauchas de América Latina no habrían, en su mayoría, constituido después de la conquista proyectos alternativos a los impuestos porque no pensaban ni actuaban bajo el paradigma del iluminismo. Sería interesante, a partir de lo que propone Escobar, revisar la idea misma de la existencia de “proyecto” de nación a implantar, para pensar nuestra historia. ¿Qué mirada tendríamos del siglo XIX argentino si ponemos entre paréntesis la idea de proyecto?

Es decir que se puede pensar que la idea de "proyecto" en Halperin funciona en varios niveles, donde es utilizada normativamente para descartar la relevancia de ciertos análisis revisionistas, atribuida como supuesto destinado al fracaso en los actores que estudia, y finalmente recuperada casi en un plano metahistórico que le permite formular hipótesis para este período.

¿Cómo aparece la idea de proyecto alternativo en Pomer? Comencemos por plantear que en *Cinco años de guerra civil* no aparecen ni la excepcionalidad ni los proyectos de elites letradas que estaban en Halperin. Más bien lo que aquí se narra es el intento de imposición de un nuevo poder después de la batalla de Pavón, y las resistencias que esto generó. Este intento por imponer un poder, y la guerra que este desencadena, según Pomer arrastraban tensiones y conflictos desde mucho tiempo antes latentes. Pero la década del 60 toma centralidad porque este ciclo se intensificó de manera contundente después de Pavón, y se cerró sólo después del final de la Guerra de la Triple Alianza.

Para Pomer, la guerra contra el Paraguay fue “un enfrentamiento que prolonga en superior escala el acaecido antes entre las huestes de Ángel Vicente Peñaloza con los ejércitos de Buenos Aires y los aliados de esta”⁹. Habla de dos guerras entonces, que serían parte de la misma, “simultáneas y encadenadas entre sí”. Es en ese sentido en que puede hablarse durante esos 9 años de guerra civil. Esta guerra se trató nada más y nada menos, como se dijo, de la imposición de un nuevo poder, en el cual los sectores populares pasarían a tener un nuevo lugar, menos deseable, y por eso, se habrían generado las resistencias. Éstas habrían sido, entonces, más que el intento por imponer un proyecto alternativo, intentos de supervivencia.

Es necesario insistir en que Pomer no conforma en su libro un sujeto popular heroico, ni dotado de un proyecto alternativo. Esto se puede rastrear en al menos dos elementos. Por un lado, en reconocer que junto a los sectores populares también fueron los grupos dominantes de algunas provincias los que resistieron de a momentos el avance de Buenos Aires sobre el interior (por supuesto, dice Pomer, sin pagar los mismos costos). No sólo eso, sino que muchas veces funcionaron como cómplices de grupos de desertores provenientes de los sectores populares que escapaban a las

9 Pomer, León, *Cinco años de guerra civil en la Argentina (1865-1870)*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1986.

exigencias del ejército nacional o de las milicias. Incluso marca que entre los seguidores del Chacho Peñaloza “hay apellidos de nota”. Pero por otro lado, esto también se puede ver en la caracterización que hace Pomer del caudillismo: “la multitud no sólo se reconoce en ellos –los caudillos- sino que los concibe como condición de su sobrevivencia”. Así, el Chacho Peñaloza lejos de brindar un proyecto alternativo, “nada tiene para ofrecer, excepto una bandera que une a los desheredados en una lucha sin futuro”¹⁰. Incluso, narra aquellos intentos casi desesperados realizados por Peñaloza de negociar y pactar con el gobierno de Buenos Aires, en los que lejos estaba de salir provechoso, para intentar frenar la persecución y matanza hacia las montoneras riojanas.

Las causas de las resistencias a la guerra de la Triple Alianza son también analizadas bajo esta idea de la sobrevivencia. Si bien esta guerra fue impopular en el interior porque era muy difícil ver en Paraguay a un enemigo, y por entender que quienes mandaban a combatir era el gobierno porteño, lo cierto es que en su gran mayoría el rechazo a la misma fue motivado por el desmedido esfuerzo, las malas condiciones, los sueldos impagos, el abandono del hogar, y porque no, la represión que garantizaba el servicio de milicia. Así, las deserciones eran moneda corriente, y muchas veces éstas llevaban de manera directa a sumarse a las filas de algún caudillo.

Distinto es el caso de Ariel De La Fuente. Para analizar a los sectores bajos, este autor abarca un período más amplio que el de Pomer, incluso que el de Halperin y los treinta años de discordia, su periodización es de 1820 a 1870. Esto le permite por ejemplo, poner en línea a Facundo Quiroga con el Chacho Peñaloza, no sólo por su trayectoria conjunta, sino también por ejemplo, haciendo mención de que ambos fueron objeto de la pluma de Sarmiento. Además, al poner estos 50 años bajo la lupa, podemos suponer que el trabajo de De La Fuente descarta la idea que propone Halperin de que el rosismo habría conseguido la subordinación de todos los sectores populares, y que por eso después de Caseros la política se concentraría en un grupo de elites. De 1820 a 1870 De La Fuente encuentra un sujeto político no subordinado en los sectores populares.

Pero si bien esta amplitud del período le permite ver ciertas cosas que en los otros estudios estaban sesgadas, lo cierto es que en algún punto comienzan a aparecer ciertas tensiones. Porque según De La Fuente la mayor parte del siglo XIX argentino, al igual que en el resto de Latinoamérica, estuvo atravesado por cierto bipartidismo; en el

¹⁰ Idem

caso argentino, por la antinomia unitarios y federales. Ésta última habría sido la que predominó en el interior del país durante esos 50 años. Una identidad muy sólida y homogénea reflejada para él en el Partido Federal.

En la introducción del libro, en donde explica su corte temporal y su objeto de estudio, el autor hace un repaso por las distintas visiones que se desarrollaron acerca del binomio federales y unitarios. Al igual que Halperin, De La Fuente explicita su distancia con los autores que cataloga como revisionistas, especialmente en cuanto a cómo entendieron ellos esta dicotomía. Dice De La Fuente que ellos la enfocaron básicamente como “una lucha entre los valores nacionalistas de los federales y las ideas europeizantes de los unitarios”¹¹. Y cita como representantes de esta idea a Fermín Chávez, Ortega Peña y Duhalde, y a nuestro recién analizado León Pomer y sus *Cinco años de guerra civil*.

También cita a Halperin, pero con este no hace explícita ninguna distancia, aunque salten a la vista. De La Fuente intenta traducir la clave halperiniana del período del siguiente modo: “Los partidos –según Halperin- no representaban diferentes grupos sociales con desacuerdos ideológicos fundamentales y, por lo tanto, la solidaridad de los seguidores se basaba en relaciones clientelistas que cimentaron la lealtad a un líder o grupo de hombres, en lugar de una identificación con ciertas ideas”¹². Pero Halperin no habla de partidos, sino de facciones (como veremos más adelante), incluso hacia el interior de eso que para De La Fuente es tan fuerte, los Unitarios y los Federales. En Halperin estas identidades bipartitas aparecen más fragmentadas. Lo mismo en Pomer. Así, ninguno de estos dos últimos autores ven en el federalismo una identidad posible de constituir un proyecto alternativo. Ambos criticarían la idea de que las montoneras siguieron a un caudillo por una identidad política. Poniéndolos tras el federalismo, De La Fuente parece proponer lo contrario, cierta existencia de una conciencia política por la lucha de un proyecto, el federal, diferente al que se quería imponer. Sin embargo, sabemos que el federalismo no era lo mismo en 1820 que en 1852, y mucho menos después de Pavón. Así es que el término o la identidad federal que este autor propone como homogénea y sólida para los 50 años, está cargada de tensiones, que no son explicadas en su trabajo.

¹¹ De la Fuente, Ariel, *Los hijos de Facundo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

¹² Idem

III- Las claves interpretativas: facciones, clases y federales

Como se ha dicho, para *Una nación para el desierto argentino* el período en cuestión estaría caracterizado por conflictos, que traerían como resultado la formación del Estado. ¿Quiénes los protagonizaron? ¿Cuál es la clave que explicaría esos conflictos?

El apartado que analiza el período que aquí nos interesa (de Pavón al fin de la Guerra de la Triple Alianza) es “Treinta años de discordia”. En todo este apartado no hay presencia de los sectores populares, sólo se refiere a quienes serían sus líderes, y de manera muy escueta. Son nombrados el Chacho Peñaloza y Felipe Varela, de quienes se mencionan sus proclamas y sus muertes. Pero en ningún momento se relata sobre quienes serían sus seguidores. “Esa empresa –la de Buenos Aires en la conquista del interior- *sólo* afronta la resistencia activa de La Rioja”. Es interesante marcar el “sólo”, porque da cuenta de lo que en este texto se hace con las resistencias, con las guerras y con los sectores populares: se los simplifica, se los acota hasta tal punto, que pierden presencia en el texto. A diferencia de los sujetos populares que no son nombrados, la guerra civil y la Guerra de la Triple Alianza si lo son, pero sin embargo, no son narradas. A diferencia del libro de Pomer, o incluso hasta cierto punto el de De La Fuente, se termina de leer *Una nación*, y el lector no puede saber qué ocurrió en ellas, por qué empezaron, quiénes pelearon, cómo se desarrollaron. Por supuesto, no es este un libro que tenga como objetivo específico analizar esta década en particular, ni mucho menos, adentrarse en las guerras. Pero si como se dijo en un comienzo, se intenta narrar el surgimiento del Estado central, estos elementos no podrían estar ausentes, como no lo están en los otros dos textos aquí analizados.

Veamos qué se dice en la visión que se conforma en *Una nación* al respecto. Lo primero que aparece es que en 1861 el Partido de la Libertad se lanza a la conquista del país, pero fracasa. Con ejércitos desde Buenos Aires, “hay que remover a los gobiernos federales del interior”. Pero no continúa la narración. ¿Sólo La Rioja se levantó? ¿Sólo un gobierno federal estaba en juego? ¿Quiénes combatían con Peñaloza? ¿En qué se basó la conquista del Partido de la Libertad? No podemos saberlo a partir de este texto de Halperin.

Sabemos también, se nos dice en *Una Nación*, que por una guerra civil que se plantea durante los años 1866 y 1867 el ejército que hasta ese momento estaba abocado al Paraguay, ahora penetrará al interior del país para ahogar las resistencias, que ahora sí

Halperin reconoce más difundidas en otras provincias. ¿A qué se estaba resistiendo? ¿Quiénes eran los resistentes? Los únicos rechazos a la guerra que se mencionan son los de los intelectuales que la repudiaron, fundamentalmente “nuestro amable poeta” Guido y Spano y José Hernández, pero nada de las numerosas negaciones desde los sectores populares a ir a combatir.

Sin embargo, nos dice Roy Hora, Halperin sí da cuenta de ciertos elementos de las clases populares en este libro: “subraya la capacidad del discurso liberal para concitar adhesiones dentro del mundo popular porteño. Y también señala el notable grado de participación política subalterna que se advierte en Buenos Aires desde el renacimiento de la discusión pública que se sucedió al derrocamiento de Rosas en Caseros hasta su ocaso en los albores de la Guerra del Paraguay”¹³. Es decir que, como veremos, en rotundo contraste con los otros dos textos, aquí la presencia del mundo subalterno que puede detectarse está ligada al liberalismo mitrista, o a la opinión pública¹⁴.

Siguiendo con el prólogo de Roy Hora, allí se hace un repaso por la obra general de este autor, y marca que “Halperin Donghi concibe a la movilización plebeya como una presencia discontinua en el escenario político, cuya activación se encuentra estrechamente ligada a las disputas entre distintas facciones del grupo gobernante”¹⁵, por lo cual los sectores populares tendrían una “posición subordinada”. Desde este lugar de subordinación, para Halperin las clases populares habrían tenido momentos donde su papel habría sido decisivo. Sin lugar a dudas, lo que se abre a partir de la Revolución de Mayo es uno de esos¹⁶. Esto marca un contrastaste notorio con el período analizado en *Una nación*, en donde las clases populares aparecen únicamente como secundando a las elites, y no por sí mismas.

Hora, glosando a Halperin, dice que a partir del rosismo se abre un nuevo ciclo en el que “una vez llamadas al orden las clases subalternas, la iniciativa política se localizó más decididamente en el campo de las elites”. Sigue Hora un poco más, hablando ahora específicamente de *Una nación para el desierto argentino*, “por ello no parece casual que optase por presentarlo desde una perspectiva que coloca en el centro de su atención a la historia política de las elites letradas y de las ideas que oficiaron de

¹³ Hora, R., Idem

¹⁴ Cabría preguntarse, por otro lado, cuán popular y cuán numerosa podría ser la participación en la opinión pública de la década del 60

¹⁵ Hora, R., Idem

¹⁶ Ver, por ejemplo, *Revolución y guerra*

guía”¹⁷. Como veremos más adelante, los otros dos autores que analizamos cuestionan esta idea de que las clases subalternas se habrían llamado al orden, y que desde el rosismo en adelante la política podría concentrarse en las elites. Muy por el contrario, ambos resaltan la profunda politicidad de los sectores populares del período pos rosista.

Por otro lado, junto a Pomer y De La Fuente, gran cantidad de historiadores, sin ser revisionistas, y sin creer que hubo en los sectores populares un proyecto alternativo, coinciden en reconocer que el accionar represivo de los gobiernos nacionales y provinciales de la década de 1860 fue de los más densos y violentos que habían tenido lugar hasta entonces en la historia de las provincias unidas del sur. Accionar represivo que tenía víctimas muy concretas, en su gran mayoría, pertenecientes a los estratos populares, quienes resistieron y combatieron dicha represión. De ahí la guerra civil, que Halperin menciona, pero sin decir a qué refiere, de qué iba, quiénes participaban, y la subsume como un episodio más de la lucha intra-élite.

Entonces, ¿cuál es la clave de lectura de este período para *Una nación*? Roy Hora detecta en su prólogo que para Halperin el de la clase no es un patrón para explicar el proceso histórico argentino, ya que para este autor “el patrón de desarrollo histórico argentino, signado por un extendido consenso en torno a las ventajas de la apertura al mercado mundial y a las ideas del mundo moderno, hizo que los conflictos ideológicos o de clase carecieran de la hondura que alcanzaron en otras sociedades económicamente menos exitosas, más jerárquicas, o donde las relaciones sociales se encontraban más cristalizadas”¹⁸. Por eso es que Halperin encuentra otro patrón explicativo: el de las facciones.

En este libro se sostiene que pasada la batalla de Caseros, en contra de lo que creían aquellos que habían ideado proyectos de nación, no va a resultar tarea sencilla la constitución ni de un Estado, ni de una nación. Y esto tiene que ver con que lo que se abre en 1852 es un mapa político en el que las facciones vuelven a tener el rol protagónico: “hay de nuevo bandos rivales en un combate que se ha reabierto”¹⁹. Es la famosa y vieja lucha facciosa la que determinará el proceso político de esos años. Esta lucha facciosa que no puede dejar de reconocerse, sin embargo, se vuelve problemática cuando todo en los 9 años que van de 1861 a 1870 es explicado por esa disputa.

¹⁷ Hora, R., Idem

¹⁸ Hora, R., Idem

¹⁹ Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Así, las guerras antes mencionadas, no son más que conflictos exacerbados entre estos grupos políticos que además, son en gran mayoría, de Buenos Aires. Sin ir más lejos, la participación de nuestro país en la Guerra de la Triple Alianza es explicada como una puja hacia el interior del liberalismo porteño pos Pavón, es decir, mitristas contra autonomistas. “Es esta puja la que debe resolverse (como la de Rosas 20 años antes) a través de conflictos externos”²⁰. Es para resolver un conflicto de dos facciones porteñas que la Argentina entra en este conflicto bélico.

Bajo esta misma lógica, Halperin resalta la libertad de debate que hubo durante la Guerra de la Triple Alianza para exponer todo tipo de opiniones, pero que también queda inscripto dentro de las facciones: este debate “ofrece un arsenal de nuevos argumentos para la eterna disputa facciosa”. Dice Halperin “uno de los aspectos más sorprendentes de ese debate es la considerable libertad con que se desarrolló”²¹, pero lo llamativo es que Halperin no haya registrado como parte de esta lucha facciosa casos como los del diario *La América*, censurado por el propio Mitre por tener una postura contraria a la de la guerra.

Entonces en *Una nación* es la lucha facciosa la clave explicativa del período. Clave que excluye y deja por fuera otros elementos, como el de la clase. No solamente por la ausencia que hay respecto de explicaciones que tomen en cuenta a los sectores populares, sino porque incluso aún limitándose al mundo de las elites, a ellas se les quita toda referencia a aquel mundo. Sólo para sugerir la pregunta: si hubo una elite ilustrada que tuvo protagonismo en la vida política de esos años, ¿por qué Halperin puede leer como claves ciertos textos producidos por ella, y no otros? ¿Por qué sí el *Facundo* es un texto clave que debe ser leído para entender el proyecto sarmientino de país, y no *El Chacho*?

Si se sigue el argumento de la lucha facciosa como clave interpretativa del período, encontramos otros elementos interesantes a destacar. En *Una nación* se afirma que a partir de 1865, al comienzo de la Guerra de la Triple Alianza “la participación Argentina adquiere una dimensión nacional”, debido al intento del presidente del Paraguay, Solano López de pasar por Corrientes para llegar a Uruguay. Otra cita más: “Sin duda, la cautela con que Mitre se ha acercado a ella (a la guerra) ha evitado la quiebra abierta de la unidad nacional en el momento mismo de emprender la lucha, al

²⁰ Idem

²¹ Idem

obtener para el gobierno de Mitre la expresa solidaridad de Urquiza”²². ¿De qué nación se está hablando? En definitiva los sectores que apoyaron esta guerra, y los que la anunciaban como nacional fueron sobre todo los sectores ligados al mitrismo, pero también en un comienzo a los autonomistas. Es decir, principalmente, ligados al gobierno de Buenos Aires. Lo que se deja por fuera al plantear esta guerra como nacional son las resistencias por gran parte del interior, que son justamente el objeto de estudio de Pomer y De La Fuente. Muchas de esas resistencias estaban motivadas justamente por creer que ésta era una guerra que sólo servía a Buenos Aires, y por no identificarse con ese gobierno porteño que ahora se imponía como nacional.

Desde Pavón en adelante, el ejército nacional en las provincias emprendió una guerra civil contra aquellos que se resistían al nuevo gobierno nacional. Hacia 1865, cuando comienza la Guerra de la Triple Alianza, esta guerra civil lejos de haberse terminado, se profundizó enormemente. Tanto es así, que como el propio Halperin describe, parte del ejército abocado al Paraguay debe volver a reforzar la guerra civil. Entonces, ¿cómo entender explicaciones sobre la Guerra de la Triple Alianza que esgrimen elementos ligados a la existencia de una nación?

¿Cuál es la clave interpretativa en *Cinco años de guerra civil*? Tracemos, al igual que con el texto de Halperin, el recorrido que hace este libro. Ya no existe aquí el largo plazo, ni siquiera los treinta años de discordia, sino que el autor va a centrarse en cinco años de la historia argentina, los que van de 1865 a 1870, años de la Guerra de la Triple Alianza, la guerra internacional más sangrienta de la que ha participado nuestro país, pero que sin embargo el autor decide titular como de guerra civil. Al leer el libro nos enteramos que no son sólo esos cinco años los que se trabajan allí, sino también los cinco años previos, que también son considerados de guerra civil. Entre ambos períodos, existe para Pomer una continuidad marcada justamente por la de dicha guerra, la civil.

Pomer comienza su texto denunciando lo que Halperin habría marcado como la típica actitud del revisionista: la conspiración. Para Pomer la historia de la guerra de la Triple Alianza estuvo mal contada desde los propios protagonistas, y desde allí no se han hechos buenos y sinceros relatos sobre la misma. Se han resaltado heroísmos y victorias que no fueron tales. Por eso, cree, es necesario sumergirse en este período, y

²² Idem

narrarlo nuevamente. Pero, a diferencia de otros escritores revisionistas que partiendo del mismo diagnóstico en sus trabajos hicieron del pueblo, de lo popular sujetos heroicos y ahistóricos²³, Pomer se propone en cambio, narrarlos, ir a sus fuentes y analizar cómo vivieron esta guerra.

Desde el vamos, entonces, la lógica, las preguntas, las claves de este texto son muy otras. Porque a Pomer lo que le interesa sustancialmente es responder una pregunta que Halperin no se formula: ¿cuál fue el papel que cumplieron las *clases* populares en aquella guerra civil? ¿Cuáles fueron las motivaciones de la “rebeldía social”, y cuáles fueron “las respuestas que suscitaron en un poder que pretende desbordar sus límites apenas provinciales”? El eje está puesto en otro lado, y para responder a dichos interrogantes lo hará a partir de un enfoque de historia social. Lejos de la evasión al sujeto que veíamos en *Una nación*, aquí no sólo el sujeto es nombrado y narrado, sino que va a ser el centro de una nutrida investigación, basada en numerosísimas fuentes. En ellas se buscará revelar cómo fue vivida esa guerra para “los de abajo”, cuáles fueron sus reacciones y sus motivaciones. Pero la diferencia con Halperin se profundiza aún más cuando vemos que si el análisis de Halperin era casi exclusivamente desde Buenos Aires, Pomer trabajará exhaustivamente citando casos de cómo se dio esta guerra civil provincia por provincia, y en nivel micro. Es interesante marcar que una de las fuentes consultadas es el libro *Cantares históricos argentinos* de Fernández Latour²⁴, donde recopila fragmentos de la Encuesta Folklórica realizada en 1921 por el Consejo Nacional de Educación. La encuesta fue respondida por los maestros de todas las escuelas del país, con el objetivo de dejar registro de una cultura oral, de tradiciones y creencias que se transmitían desde hacía varias generaciones atrás, que, avanzado el siglo XX, se creían en vías de extinción. Este material entonces lo que permite es llegar a elementos de la cultura popular del siglo XIX, tan impermeable a las fuentes letradas. A partir del uso muy numeroso de fuentes como esta, pero también de otros tipos, Pomer hace aparecer aquello que no encontramos en *Una nación*: la narración histórica social.

Muy lejos de ser la lucha facciosa el eje de los conflictos sociales que marcan este período, para Pomer no hay mucho para develar en las disputas hacia el interior de la clase política porteña, más bien, ésta simplemente se resume en el mitrismo. En

²³ Aquí se puede proponer como ejemplo a José María Rosa y su libro *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, 1959

²⁴ Fernández Latour, Olga, *Cantares históricos argentinos*, Buenos Aires, Colihue, 2002.

cambio, encontrará la clave del conflicto en la guerra, pero aclara que “sólo en parte la causa de la guerra civil es la Guerra de la Triple Alianza”. Ésta sería, más bien, el producto de un fenómeno más hondo: la imposición de un sistema político y social de dominación nuevo, en reemplazo del tradicional, heredado de décadas atrás. Fue el avance de Buenos Aires sobre el interior, que pretendía constituir un Estado nacional bajo su impronta, en contra de los intereses provinciales. Esto provocó una fuertísima resistencia por parte de las poblaciones del interior, lo que constituiría la guerra civil. Todos elementos estos que Halperin menciona, pero no investiga.

En esta guerra civil que propone Pomer se entremezclaría cierta noción de *clase*²⁵. No de manera simplista ni reduccionista, y sin forzar ni exagerar, lo que sí hace este autor es constatar a lo largo de su abundante investigación que en esta guerra los sectores populares fueron el blanco predilecto, tanto de la guerra civil, como en la de la Triple Alianza. En la primera, porque fueron las montoneras del interior compuestas de gauchos en su mayoría humildes las víctimas de un sistema represivo, que el propio Mitre denominó como “guerra de policía”. En cuanto a la segunda Pomer describe muy detalladamente como aquellos que contaban con dinero suficiente, pagaban a otro para que vayan al frente de batalla. Pero, aclara Pomer, esto no significa que sólo combatieron en esta guerra los sectores populares, pero sí que fueron los más perjudicados. El propio coronel León Palleja da cuenta de esto, quejándose de la composición de la Guardia Nacional: “dejando el sostén del honor nacional a la clase menesterosa o a la peor clase de la población, enervando en el ocio y la molicie la clase predilecta de la juventud”. También Nicasio Oroño se quejaba de esto una vez terminada la guerra: “Cuando autorizamos la movilización de la Guardia Nacional nos hicimos la ilusión de creer que iba a hacerse la distribución de este servicio con igualdad y equidad; pero ya sabemos que ningún hombre de nuestra clase ha de formar parte de la Guardia Nacional; como si los que se reputan hombres decentes no estuvieran obligados a contribuir con su sangre al sostenimiento del orden y de la paz de la República”²⁶.

Si en *Una nación* vimos que se proponen algunos elementos ligados a la nación, en Pomer esto aparece de un modo distinto. Para él, el tema de la nación está íntimamente ligado a la guerra, ya que ésta sería producto de “la contradicción entre el

²⁵ Tanto en Pomer como en de la Fuente son los propios autores los que al hablar de los sectores subalternos lo hacen como “clases”.

²⁶ Pomer, León, *Cinco años de guerra civil en la Argentina (1865-1870)*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1986.

sentido y la racionalidad de un Estado que aspira a ser nacional y comunidades humanas cuya conciencia y acción se definen por lo pre-nacional”²⁷. En aquel entonces las identidades que prevalecían no eran las nacionales, dice este autor, si no más bien, la nación era vista por muchas provincias como una amenaza, identificada con la imposición porteña, efecto que se recrudece con Pavón. Así, lo nacional “se percibe como una identidad distinta que se arroga atribuciones dominadores: es el mitrismo, es el porteñismo que avanza prepotente para mezclarse en asuntos que no le competen”; es por esto que muchos preferían “el trapo colorado” por sobre el celeste y blanco. Pero esto no sólo sucedía en los grupos sociales bajos, sino también que era un sentimiento compartido por los grupos dominantes del interior. Así que extremando la idea de Halperin, podemos decir que allí donde éste ve lucha facciosa y deja entrever elementos de una nación, Pomer ve la dominación de un sector social que se embandera detrás de la nación con un proyecto social y económico determinado.

Si en Halperin la clave de lectura es la lucha facciosa, y en Pomer la de la guerra y la clase, ¿cuál es la clave en el trabajo de De La Fuente? Nuevamente, es la pregunta la que cambia, ya que *Los hijos de Facundo* se centra sobre todo “en los actores, y la forma en que su experiencia y su cultura forjaron su conciencia e informaron sus acciones políticas”²⁸. Es interesante el caso de De La Fuente porque no solamente se propone estudiar a un sujeto social que no ha requerido toda la atención necesaria, sino que da un paso más y además de destacar su importancia, los dota de politicidad. Éste es su objeto de estudio: las politicidades de las masas gauchas. Nuevamente, el contraste es rotundo con Halperin, ya que para él no sólo no constituyen un sujeto a narrar, sino que además, encuentra dificultades hasta para nombrarlos. Aquellas masas que se pretendían analizadas en los estudios “convencionales sobre caudillismo”, De La Fuente anuncia que estos sólo se centraron en las figuras de los líderes, y “han ignorado a los seguidores como sujetos políticos, pasando por alto el hecho de que el liderazgo caudillista fue también una construcción de quienes los seguían”²⁹. Para este autor, es en las propias relaciones entre los caudillos y sus montoneras en donde se genera “un espacio para la conciencia política”.

²⁷ Idem

²⁸ De la Fuente, Ariel, *Los hijos de Facundo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

²⁹ Idem

Es por esto que De La Fuente trabaja a nivel micro, analizando no las fuentes convencionales, sino aquellas que no han sido tomadas por los estudios que han trabajado sobre el período, que tuvieron por lo general el ojo puesto en los grandes procesos políticos. Por ejemplo, trabaja con cantares, con cultura oral que si se quiere analizar a los sectores populares son las fuentes inevitables en un mundo donde la gran mayoría era analfabeta. Al igual que Pomer, De La Fuente trabaja con la Encuesta Folclórica de 1921. Aquí es interesante contrastar esto con la idea que tiene Halperin para el mismo período, quien resalta, como vimos, como signo clave de esos años el auge de los debates públicos en la prensa. Difícilmente en los periódicos escritos de esos años pudiera rastrearse algo de los sectores populares.

Otra diferencia con Halperin, es que De La Fuente pone el ojo en el interior, ya que para él, la “concentración de la investigación en Buenos Aires distorsiona nuestra visión, pues tiende a tratar la política del siglo XIX en la ciudad capital como equivalente al proceso político nacional”³⁰. Al igual que Pomer, entiende que hay un riesgo muy grande al analizar procesos que incluirían a las otras provincias, únicamente desde Buenos Aires.

¿Por qué eligió De La Fuente a La Rioja? A decir verdad, la pregunta debería ser a la inversa, ¿por qué no han habido grandes estudios sobre las clases populares de La Rioja antes? Lejos de ser un lugar marginal, en el que pocas cosas se definieron, De La Fuente propone que allí, como en tantas otras provincias, tuvo escenario una sociabilidad, una politicidad de los sectores populares que fue una de las claves del siglo XIX. Su conquista, su eliminación o captación fue uno de los pasos imprescindibles para la formación del Estado Nacional. Y las resistencias que mostraron los sectores populares de La Rioja ante esto, superan a las de cualquier otra provincia: “entre 1862 y 1868, los caudillos federales riojanos y los gauchos que los seguían se rebelaron seis veces contra los gobiernos nacional y provincial”³¹.

Como en Pomer, en *Los hijos de Facundo* la guerra aparece como protagonista en todo su esplendor. No sólo la Guerra de la Triple Alianza, sino todavía con más fuerza, la guerra civil, que De La Fuente no duda en identificar a través de Mitre, son su propuesta a Sarmiento de “hacer en La Rioja una guerra de policía”. Este autor da una clara y contundente definición de lo sucedido en esos años: “La ocupación militar del interior por parte de las tropas del gobierno nacional después de la batalla de Pavón y la

³⁰ Idem

³¹ Idem

resistencia que enfrentaron hasta 1868 acarrearón no sólo una de las peores guerras, sino también una de las represiones más duras sufridas por las provincias en el siglo XIX”³².

Respecto de la nación, en este texto de De La Fuente, se puede ver que en algún punto también esboza ciertos elementos ligados a una nación ya existente, pero ésta a diferencia de Halperin ya no estaría ligada a las facciones porteñas. Al hacer hincapié en cuánto esperaban los hombres riojanos la reaparición de Urquiza como líder de la sublevación federal, De La Fuente propone una idea nacional del federalismo: “tanto los líderes de la montonera como los gauchos inscribían sus acciones dentro de un terreno político que trascendía el nivel provincial y era de alcance nacional”.

Entonces, las claves en este autor son las politicidades de esas clases populares que, como vimos, se identificaron con el federalismo. Una identidad dada por una condición social y de clase. Pero también en este autor, aunque se puede pensar que en menor medida que en Pomer, la guerra sería un componente importante del período, en tanto y en cuanto este sector social que él analiza cumplió un papel político fundamental.

A modo de cierre

Para finalizar nos gustaría reformular brevemente algunos elementos ya esbozados. En *Una nación para el desierto argentino* la operación que hace Halperin no consiste sólo en borrar al sujeto del revisionismo sobre la base de que dicho sujeto no tenía un proyecto, sino que además reformula el horizonte de indagación. Allí las masas están ausentes porque sustrae a la segunda mitad del siglo XIX de la problemática del caudillismo para tornar dominante la problemática de la construcción del Estado. En cambio Pomer, si bien no resulta sencillo encuadrarlo en el revisionismo, comparte con esta corriente la idea de que esa problemática, la del caudillismo, con todo lo que eso implica, que no es sólo el vínculo entre masas y líderes, sigue siendo central tras Caseros. Y De La Fuente, con preguntas y enfoques renovados, tiene una preocupación similar en cuanto al caudillismo y a la historia social, por eso puede titular a su libro *Los hijos de Facundo*. Entonces, en este trabajo se ha analizado una visión que, centrada en la conformación del Estado, sustrae a la segunda mitad del siglo XIX la temática del caudillismo y la historia social, y otras dos que, de diversa raíz, lo reinstalan.

³² Idem

Tanto Pomer como De La Fuente, discutiendo la idea de que el rosismo habría normalizado e integrado a las clases subalternas de manera definitiva, proponen investigaciones en las que se cruzan elementos ligados a la clase y a la política, para demostrar la existencia de sectores subalternos que para después de la batalla de Pavón lejos estaban de ser simplemente un elemento subordinado de las elites.